

# LAS SIETE PALABRAS DE MARÍA SEGÚN EL EVANGELIO DE LUCAS Y EL EVANGELIO DE JUAN<sup>1</sup>

*Jean-Pierre Longeat, OSB<sup>2</sup>*

Desde todos los tiempos pero sobre todo desde los siglos III y IV de nuestra era, la tradición cristiana insiste en la persona y el testimonio de la Virgen María. La liturgia le ha dado progresivamente un lugar importante, a tal punto que María acompaña el conjunto del año litúrgico: ella es el sujeto principal de varias fiestas, desde la del 1º de enero, solemnidad de la Madre de Dios hasta la del 8 de diciembre en que se celebra su Inmaculada Concepción.

En la actualidad, y sobre todo desde hace dos o tres siglos, palabras de María son dirigidas a algunos visionarios, aquí y allá, en contextos variados. Pero, más allá de ese tipo de revelación, hay siete frases que María ha pronunciado en el corazón mismo del mensaje evangélico. Es muy útil meditarlas antes que todas las demás.

Esas siete frases resumen el conjunto del mensaje que la Virgen María nos transmite para que estemos en condiciones de seguir verdaderamente a su hijo. Más que a una comprensión de ese tesoro mariano, más bien somos invitados a una experiencia espiritual al leer esos versículos bíblicos. En la perspectiva de una *lectio divina*, pongámonos en presencia de María; que su palabra nos alcance, que nos conceda cambiar nuestras perspectivas ordinarias para vivir en las disposiciones en que ella misma se encontraba hasta llegar a ser la primera y la más venerable de los discípulos de Jesús, su hijo.

Estas son las primeras palabras que María dice en el Evangelio según san Lucas como respuesta al anuncio del Ángel: “*Concebirás y darás a luz un hijo*”.

---

1 De *Collectanea Cisterciensia*, Tomo 75 -2013- 3. Traducción del artículo original en francés, realizada por la Hna. María Graciela Sufè, osb. Abadía Gaudium Mariae, Córdoba, Argentina.

2 Presidente de AIM (Aide Inter Monastères) y antiguo abad de la Abadía San Martín de Ligugé, Francia.

## 1. “¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?” (Lc 1,34)

¿Cómo va a ser eso? Esa es la pregunta de todo hombre, de toda mujer en este mundo. Frente a la gracia dada, al don recibido de lo alto, surge como una inmensa pregunta, una sorpresa infinita y a veces incluso como una imposibilidad para considerar que algo grande llega a nosotros y por medio de nosotros.

Con María, estamos en el paroxismo de esa experiencia humana. Un mensajero le anuncia que ella va a traer al mundo *al más hermoso de los hijos de los hombres* (Sal 44,3). Se turba ante tal perspectiva y se pregunta simplemente cómo eso va a poder realizarse puesto que es virgen de toda relación con un hombre. Pero la obra de la que se trata aquí supera en mucho la sola empresa de nuestras posibilidades humanas. Se trata de dejar llegar a este mundo la realidad del Verbo de Dios que toma la carne de nuestra carne a fin de que nosotros mismos podamos nacer de Dios.

El anuncio hecho a María no atañe solamente a la concepción de Jesús y a su nacimiento sino a la llegada de una humanidad nueva y nosotros somos sus miembros: san Pablo le da el nombre de Hombre nuevo, de Cuerpo de Cristo.

Frente a semejante anunciación, nosotros mismos quedamos impresionados y nos planteamos la pregunta con María: “¿Cómo va a ser eso?”.

*“El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”*. Así como la columna de nube en el desierto recubría la Tienda del Encuentro, así como el Sopro de Dios va a venir sobre los discípulos el día de Pentecostés, así, el Espíritu de Dios viene a cubrir con su sombra a aquella que debe hacer llegar al Verbo de Dios en Jesús; así, también, debe expandirse el Cuerpo de Cristo en nuestra humanidad. La obra de Dios en nuestra carne es posible por medio de nuestra disponibilidad al Espíritu que viene sobre nosotros y que permanece en nosotros. El trabajo del discípulo a ejemplo de la Virgen María es una ascesis de disponibilidad en vistas a la llegada multiforme del Hijo del hombre. Por eso al final de ese diálogo con el Mensajero de Dios, María va a decir simplemente: *“Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho”*. Y ese es precisamente su segundo mensaje.

## 2. “Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho” (Lc 1,38)

En esta respuesta de María, lo más impresionante es que emplea el término *doylé*. En griego, ese término significa la sirvienta, la servidora o la esclava; en todo caso, la que está al servicio de alguien: “*Yo soy la servidora del Señor*”. Ahora bien, como bien sabemos, es también por medio de ese término como se define Jesús: Él es el servidor (*doylos*) por excelencia. Y recuerda al discípulo que no es más que su maestro (Mt 10,24); por eso los discípulos se hacen servidores los unos de los otros. Hay en la Virgen María como una gracia espiritual en anticipar las intenciones de su hijo y en hacerse su discípula incluso antes de que Él haya venido al mundo.

Esta noción de servidor hunde sus raíces en las profecías de Isaías que hablan de un servidor que lleva al conjunto de la humanidad hacia su salvación. Como será dicho por una voz misteriosa el día del bautismo de Jesús y de su Transfiguración: “*Este es mi Servidor, a quien yo sostengo, mi elegido, en quien se complace mi alma* (cf. Is 42,1); o también: “*Este es mi servidor, a quien elegí, mi muy querido, en quien tengo puesta mi predilección. Derramaré mi Espíritu sobre él y anunciará la justicia a las naciones*” (Mt 12,18).

Por sí mismas, estas palabras no se entienden. El reflejo ordinario de los seres humanos es interrogarse para saber quién es el mayor, quién detenta el poder. Por el contrario, en Cristo y en María, la pregunta es “¿quién acepta hacerse servidor del amor con Jesús?”; un servicio tal va hasta la entrega total de sí, en un intercambio de amor infinito que se pierde a sí mismo para en verdad encontrarse.

Esa es la realización misma de la Palabra que viene de Dios. La Palabra toma carne en nuestra carne, es sembrada en nosotros, muere como el grano y resucita (cf. Jn 12,24); da, por lo tanto, fruto si la dejamos obrar profundamente en una habitación íntima que nos permite llegar a ser realmente servidores los unos de los otros, abiertos los unos a los otros en una libre circulación de amor.

La primera persona con la cual la Virgen María experimenta esta realidad es con su anciana prima Isabel hacia quien de inmediato parte a encontrar: quiere hacerla partícipe a la vez de la novedad que acaba de serle anunciada y al mismo tiempo hacerse *doylé*, *servidora* de esta mujer ya entrada en años, encinta desde hace seis meses y para quien la ayuda de María será muy valiosa.

### **3. Saludo a Isabel: “María entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel” (Lc 1,40)**

Las palabras de este saludo no son mencionadas pero tienen naturalmente su peso. Es lo que queremos tener en cuenta aquí.

En efecto, en este intercambio entre María e Isabel va a ocurrir una revelación de la presencia íntima del Mesías que ha escuchado la espera de Israel y de toda la humanidad. Ocurre finalmente también en todo encuentro verdadero: es un misterio de revelación donde el otro se manifiesta como portador de Cristo.

La fe cristiana nos lleva siempre al encuentro de Aquel que viene a través de todas las personas que cruzamos por el camino. No estamos suficientemente atentos al hecho de que saludar a nuestro hermano, a nuestra hermana, es reencontrarlo en la realidad fundamental de nuestro devenir común. Esto forma parte íntimamente del misterio de la fe.

Al partir muy alegre al encuentro de Isabel, María lleva igualmente la realidad eclesial, pues esta primera comunidad judeocristiana alrededor de María, José, Zacarías, Isabel y sobre todo de Juan Bautista y de Jesús, es como el embrión de lo que llegará a ser el Cuerpo de Cristo.

Así después de haberse planteado la pregunta: “¿Cómo va a ser eso?”, después de haber puesto el corazón a disposición de un servicio de amor a fin de que la Palabra de Dios haga su obra en nosotros, no podemos permanecer solos; necesitamos compartir esa gran alegría con los demás y en la gracia de estos encuentros múltiples, cantar sin cesar *Magnificat*.

### **4. Magnificat**

*María dijo entonces:*

*“Mi alma canta la grandeza del Señor,  
y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador,  
porque él miró con bondad la pequeñez de su servidora.  
En adelante todas las generaciones me llamarán feliz,  
porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas:  
¡su Nombre es santo!*

*Su misericordia se extiende de generación en generación  
sobre aquellos que lo temen.  
Desplegó la fuerza de su brazo,  
dispersó a los soberbios de corazón.  
Derribó a los poderosos de su trono  
y elevó a los humildes.  
Colmó de bienes a los hambrientos  
y despidió a los ricos con las manos vacías.  
Socorrió a Israel, su servidor,  
acordándose de su misericordia,  
como lo había prometido a nuestros padres,  
en favor de Abraham y de su descendencia para siempre” (Lc 1,46-55) .*

Canto de acción de gracias, el *Magnificat* está basado en contrastes que manifiestan la distancia constante entre lo ínfimo de la condición humana y la inmensidad divina hacia la que toda la humanidad es atraída si sabe conservar una buena evaluación de su ser en el mundo.

Por ejemplo dice: *él miró con bondad la pequeñez de su servidora*, e inmediatamente después: *En adelante todas las generaciones me llamarán feliz*, o también: *Derribó a los poderosos de su trono*, e inmediatamente después: *elevó a los humildes*.

Hay en la oración del *Magnificat* como un motor de amor que permite abordar al Evangelio en toda su verdad. Sería equivocado creer que confiándose en esa oración, el conjunto de nuestra vida podría refugiarse en un confort espiritual tal que estuviera al abrigo de todo trastorno. Por el contrario, al rezar el *Magnificat* con María, se acepta que en nuestros reflejos ordinarios, todo sea convertido. En adelante ya no más el poder, ya no más el orgullo, ya no más la arrogancia de la riqueza egoísta, sino la fuerza del servicio, de la acogida, de la escucha, de la humildad, del compartir, del don total de la existencia hasta el final, cueste lo que cueste. Ese es el verdadero *Magnificat*, esa es la verdadera oración de la Virgen María, ese es el canto de acción de gracias para quien quiere seguir a Jesús y compartir con Él la gloria del Reino sobre la cual los reinos del mundo no tienen ningún poder.

Al acoger la revelación que le viene de los otros (el ángel, Isabel), María entra pues en la dinámica de una vida evangélica y quiere llevarnos allí a nosotros

hasta la gloria final de la Resurrección compartida con su Hijo, aun cuando en el punto de partida, todo siga siendo todavía muy misterioso. Sin embargo, una vez que Jesús vino al mundo, la puesta en práctica concreta de la Buena Nueva no siempre toma el giro que María habría podido imaginar.

De entrada el joven Jesús la desorienta, él no sigue sabiamente a su familia de regreso de una peregrinación sino que se queda en Jerusalén en medio de los Doctores de la Ley. Esa es su quinta palabra.

## 5. Jesús en el Templo buscado por su madre.

*La madre de Jesús le dijo: “Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo te buscábamos angustiados” (Lc 2,48).*

Todos los padres conocen muy bien esta pregunta. Una vez que se ha dado la vida, ya no se la puede más retener. Y esto es mucho más verdadero para la vida que viene de Dios. Va siempre más allá de nuestras previsiones, de nuestras esperas y de nuestros proyectos. La vida que viene de Dios no nos previene: por eso, es a veces fuente de sorpresas y hasta más, puede causar cierta desestabilización.

Los parientes cercanos de Jesús a menudo han quedado mal parados por el hecho de nunca encontrarlo en los lugares donde lo habrían esperado. Pero, como en los salmos, es posible plantearle la pregunta: “¿Por qué, por qué?” *¿Por qué te quedas lejos, Señor, por qué te escondes? (Sal 10,1); Diré a Dios: “Roca mía, ¿por qué me olvidas?” (Sal 42,10); ¿Por qué nos escondes tu rostro y olvidas nuestra desgracia y opresión? (Sal 44,25); ¿Por qué, Señor, me rechazas y me escondes tu rostro? (Sal 88,15).* Cuando la Palabra de vida llega al mundo nosotros entramos con ella en una especie de juego de las escondidas, en una búsqueda infinita y en un cierto dolor por no poder retenerla cuando creemos haberla encontrado.

El que cree conocer la Palabra de Vida y poder poseerla, está totalmente en un error. Cuanto más cerca se está de la Palabra de Dios, más se nos escapa. Es preciso releer a propósito de esto el *Cantar de los Cantares*, esa carrera perdida e infinita del amado y de la amada que no terminan más de buscarse y de encontrarse.

Al final, la angustia de María y su inmensa pregunta de madre, se vuelven a encontrar en la hora de la Crucifixión: pero, mientras tanto, María había aprendido a seguir a su hijo hasta el extremo y a remitirse a su palabra y a su acción.

## **6. “No tienen vino” (Jn 2,3)**

Desde el comienzo del evangelio de san Juan, María se mantiene justamente en esta disposición de confianza con respecto a su hijo. Se trata de la participación en las Bodas. Se puede ver aquí como la profecía de las Bodas del Cordero a la que todos estamos invitados. Ahora bien, en esa circunstancia de fiesta, a nuestra humanidad siempre le falta ese vino que evoca tan bien el reino que ha de venir. Y justamente, en esa boda, María se da cuenta de que los invitados no tienen más vino: ella dice a Jesús: “*No tienen vino*” (Jn 2,3).

Como bien sabemos, María se sitúa en el pueblo de la alianza como la que intercede muy eficazmente. Es impresionante que la única intercesión de la Virgen María en los evangelios sea la de las Bodas de Caná. “*No tienen vino*”, ¡eso es tan poco serio! Y no obstante, es tal vez la más hermosa intercesión para la Madre de Aquel que es capaz de hacernos pasar del agua que representa nuestra humanidad al vino de la divinidad. Pues todo el desafío de esa intervención de María reside precisamente en este lugar: esas bodas son una parábola de nuestro destino glorioso. Estamos hechos para la gloria que ha de venir, la copa eucarística es el signo por excelencia de la misma, en el centro del banquete de bodas del Cordero. Durante su vida terrestre y ahora también María intercede a fin de que nosotros podamos gustar la felicidad de ese vino eterno.

Pero para que esto se realice, nos aconseja que nos remitamos a lo que Jesús nos indicará: “*Hagan todo lo que él les diga*”. Meditemos esta invitación.

## **7. “Todo lo que él les diga, háganlo” (Jn 2,5)**

Otra vez entonces volvemos a la Palabra. María nos invita a poner en práctica la Palabra de Jesús. Nos indica así la manera de seguir el camino que ella misma ha hecho en concordancia con todo su corazón y con toda su alma con la palabra que transmitiera al mensajero de Dios: “*hágase en mí según tu palabra*” (Lc 1,38).

Y es así como Jesús y María velan sobre nosotros. Nos introducen verdaderamente en las bodas eternas. Nos hacen pasar de la muerte a la vida. Nos ayudan a atravesar el obstáculo de todo lo insípido para vivir en verdad el banquete de la eucaristía tal como el sacramento nos lo entrega permanentemente.

Nuestra vida con Cristo se convierte entonces en algo así como un ímpetu amoroso, irreprimible. *El Amor es fuerte como la Muerte. Sus flechas son flechas de fuego; sus llamas, llamas del Señor. Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor, ni los ríos anegararlo (Ct 8,6-7).*

El día en que Jesús dará su vida totalmente sobre la Cruz, el día en que beberá el cáliz amargo hasta la muerte, podremos compartir su Hora, y prepararnos para recibir de él la copa de la alianza que beberemos todos juntos, reunidos en un mismo cuerpo, resucitados para la eternidad. Tal es la promesa de la que María se hace testigo en el camino de esta vida.

*Abbaye Saint-Marin  
2 place A. Lambert  
F – 86240 Ligugé  
FRANCIA*